

limbo

Núm. 33, 2013, pp. 27-41

ISSN: 0210-1602

Santayana y los profetas de segunda mano (los críticos literarios)

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

RESUMEN

Se presenta aquí una reflexión sobre la cercanía entre George Santayana y la crítica literaria, a la cual Christopher Domínguez Michael, crítico literario mexicano, encuentra empática con la «filosofía literaria» del filósofo. A su vez, CDM anota aquello que GS subrayó en sus escritos sobre Lucrecio, Dante, Shakespeare, Wordsworth, Shelley, Whitman, el siglo XIX, Pound, Eliot... La relectura de GS, para CDM, es una actividad incesante.

Palabras clave: crítica literaria, crítica filosófica, lectura, materialismo, belleza, fe animal

ABSTRACT:

This paper is a reflection on the closeness between George Santayana and literary criticism. A criticism which Christopher Domínguez Michael, a Mexican literary critic, finds empathetic with the «literary philosophy» of the thinker. At the same time, CDM highlights what GS emphasized in his writings on Lucretius, Dante, Shakespeare, Wordsworth, Shelley, Whitman, 19th Century, Pound, Eliot... The re-reading of GS, for CDM, is an incessant activity.

Key Words: Literary Criticism, Literary Philosophy, Reading, Materialism, Beauty, Animal Faith

I. SILUETAS

A fines de la Segunda Guerra Mundial, cuando los aliados liberaron Roma, encontraron una reliquia en George Santayana (1863-1952), nacido en Madrid y educado en Harvard, un rarísimo caso de «huésped del mundo», filósofo estadounidense y según su propio deseo, español hasta el fin de su vida. *Life*, en una crónica que atrajo a una pequeña legión de admiradores, fotografió a Santayana leyendo, en un parque romano, un libro del que, según el periodista, el filósofo iba arrancando cada página una vez que la leía. El detalle es falso pero refleja el toque de excéntrico un poquitín enloquecido que nimbó a la figura de Santayana, recordado por el gran público por una frase («quien no conoce el pasado está condenado a repetirlo») que ilustra mal o muy mal su pensamiento, dándole un tono de reconvención moral que le es extraña.

Entre quienes visitaron a Santayana, hospedado en el convento de las Hermanas Azules, estuvieron Edmund Wilson, Robert Lowell y Gore Vidal, todos ellos atraídos por el cenobita que profesaba de anticonformista. Era el gran filósofo que había abandonado Harvard en 1912 para vagar libremente, según dijo, como un rinoceronte, por la llanura europea. Las estaciones de su vagabundeo (nada menos parecido a un peregrinaje) las conocen los lectores de *El último puritano*, su autobiografía en forma de novela y de *Personas y lugares*, sus recuerdos que cabe calificar de maravillosos: Boston, Gottinga, Ávila. Su simpatía, acaso inofensiva, por Franco y Mussolini, predisponía a los curiosos. Antes de la guerra, Ezra Pound había votado por Santayana como uno de sus candidatos a reformador de la cultura, lo cual no era una buena recomendación. En esos días crepusculares en los que fue célebre, Santayana bromeaba en que él, como el Papa, recibía muchas visitas que no estaba obligado a devolver. No a todos sus visitantes les dejó Santayana una buena impresión. El radical Max Eastman lo ridiculizó y dejó entrever públicamente la homosexualidad del filósofo, al grado que éste dejó de recibir visitas.

Pero la moda pasó y en 1997 H.T. Kirby-Smith, uno de sus biógrafos y de quien he tomado algunos de los detalles antedichos, se quejaba de que Santayana aparecía poco en el incipiente Internet, siempre por debajo de los teóricos y de los retóricos franceses. A Santayana, antes, lo ignoraron los existencialistas, con los que algo tenía que ver y la filosofía analítica, malquistado como estuvo con Bertrand Russell, lo menospreció. En español, debe decirse, el aprecio por Santayana, desde las traducciones que hicieran José Ferrater Mora y Ricardo Baeza, ha sido constante y circulan, reeditados o en nuevas traducciones, casi todos sus libros. En México, además, tuvo Santayana a un lector de primera, el Emilio Uranga de las *Astucias literarias*. Yo mismo, que conocía su única novela, *El último puritano* (1935), lo empecé a leer como filósofo gracias a la solemne entrada que Fernando Savater le dedica en su *Diccionario filosófico*. Por lo demás, quejarse de que Santayana es impopular es un sinsentido y hasta un agravio: no puede ser muy popular quien se destaca por su cordura.

La estima de Santayana no ha cesado de aumentar en la última década: el pensamiento neoconservador y el viejo liberalismo han salido en su búsqueda. Russell A. Kirk, ejemplar entre los conservadores en los Estados Unidos, ha comparado a Santayana con Estilpón, un socrático que frente a Demetrio, saqueador de Megara que le ofrecía una reparación, dijo que a él sólo se le podía quitar su elocuencia y su saber. El paralelo no es muy eficaz, porque a Santayana no le interesó retar a los poderosos del mundo pero expresa otra de las características notorias en el inquilino de las Hermanas Azules, su indiferencia ante esa historia cuyo desconocimiento nos condenaría a la repetición. A Gore Vidal, quien le pidió, periodísticamente, su parte como testigo del sangriento siglo XX, Santayana le respondió, desdeñoso, que habiendo nacido al final de la guerra de Secesión y siendo ya muy viejo, sólo le habían tocado nueve años de guerra, que le parecía pocos para una larga vida.

Filósofo literario o novelista filósofo: así se le llama a Santayana, practicante de un pensamiento que en algunos de sus libros es cordial y hospitalario (*Diálogos en el limbo*, por ejemplo) aunque ese

trato acabe por ser ilusorio para quienes carecemos de una formación filosófica. Santayana concede que el menos académico de sus lectores está del todo familiarizado, para empezar, con los presocráticos y con Platón. Su filosofía, lo que me consuela, está estrechamente ligada a la crítica literaria y leer *Tres poetas filósofos* (1910) o *Interpretaciones de poesía y religión* (1903) no sólo entusiasma al lector de literatura, sino abre el apetito por su filosofía: yo leo y releo *Escepticismo y fe animal* (1923) y entre menos entiendo más feliz soy.

De las visitas rendidas a Santayana y luego rememoradas por escrito, la de Wilson, publicada en *The New Yorker* en 1945, es la primordial. Éste último no oculta que su visita se debe a un equívoco, el envío de un ejemplar autografiado de *Personas y lugares* (cuya primera parte es de 1944), la autobiografía de Santayana, que el filósofo no recordaba haberle firmado ni enviado. (Luego se supo, Vidal *dixit*, que un soldado estadounidense pasó por Roma y le pidió la firma en varios ejemplares). Wilson encuentra a su anfitrión, a la vez, femenino y felino, y registra lo que el viejo estaba leyendo, no sólo Aristófanes, sino Jane Austen y una novelista victoriana olvidada, Charlotte Young. Que esas fueran sus lecturas de vejez resulta lógico cuando se leen sus ensayos literarios, caracterizados por un espíritu cómico cuya pureza aristofánica lo capacita para entender a Dickens perfectamente. Frente a Wilson, no se cansa Santayana de alabar a Dickens como el verdadero vino, el más tonificante.

La modesta pieza de Santayana en el convento de las Hermanas Azules sorprendió a Wilson, quien siempre cierra sus crónicas con un detalle notable y conmovedor, y en esa ocasión resalta la pequeña cama individual de Santayana desde la cual el filósofo piensa en la enormidad de la mente humana. A Santayana, dice Wilson en *The Forties*, era difícil imaginarlo preocupado por la muerte.

II. CRÍTICOS FILÓSOFOS

Los filósofos no suelen destacarse como críticos literarios. Eso dice Irving Singer en uno de los estudios que ha dedicado a Santayana

(George Santayana, *Literary Philosopher*, 2000), argumentando que el filósofo está predispuesto profesionalmente al juicio dogmático, mientras que el crítico literario, ante la filosofía, tiende a vagar, apenadísimo, como si fuera el fantasma del padre de Hamlet.

Se conoce que Santayana fue, por excelencia, el filósofo literario, no porque haya dejado teorías perdurables sobre la literatura ni porque su estética, tenida por neoplatónica, haya sido muy influyente, sino por haber transitado por todos los caminos que unen a la literatura con la filosofía. Rene Wellek, en su *Historia de la crítica literaria*, reconoce que Santayana, como Croce y Bergson, combinó la crítica literaria con la filosofía práctica, pero con resultados engañosos, si no es que mediocres. En ese costal, Wellek arroja libros como *El sentido de la belleza* (1896) y toda la parte estética de *La vida de la razón* (1905). La poesía, en su generalidad, es para Santayana, descanso, fuente de salud, libertad de la imaginación. Sólo la verdadera poesía (de la que está excluido Shakespeare), elevada a su más alta potestad, es religión y entre sus profetas Santayana sólo incluye a Homero, a Lucrecio, a Dante, a Goethe, a Wordsworth. Se burla Wellek de que Santayana soñase con la aparición de un nuevo tipo de poeta, a la vez religioso, moral y «científico», fantasía académica no muy distinta a la soñada por los victorianos.

Otro asunto fue la relación de Santayana con la literatura de los Estados Unidos. En *The Genteel Tradition in American Philosophy* (1911) y en sus continuaciones, Santayana condenó a Emerson y a los pragmatistas como calvinistas atenuados o pacatos. No le gustaba esa combinación de moralismo, tibieza filosófica y espíritu mercantil. Compartió, en ese sentido, algunas taras con Mencken: incomodidad ante Whitman (demasiado «democrático» para el gusto de ambos) e indiferencia ante Faulkner. En cuanto a *Moby Dick* ni Santayana ni Mencken supieron qué libro era ni cómo abrirlo ni en qué idioma estaba escrito. Y cada cual tenía «su» moderno: Proust fue la excepción para uno como Pound para el otro.

Santayana es recordado por contarse, con Tolstói y T.S. Eliot, entre el selecto club de aquellos que se han atrevido a levantar la mano contra Shakespeare. En «De la ausencia de religión en Shakespeare», que sería el capítulo VI de *Interpretaciones de poesía y religión* (1903), Santayana lo acusa de haber elegido la nada contra la religión, tachándolo de pagano, taciturno y bárbaro. No encuentra ni tragedia humana, ni destino universal ni ley divina en Shakespeare y sólo concede su sobrevivencia por la variedad que de lo humano ofrece. La posteridad, supone, le echará en cara su ignorancia de la filosofía y de la religión.

Amén de carecer de toda justicia histórica, esta andanada contra Shakespeare es curiosa por provenir de un platónico que nada tenía de persignado, alguien que conservó la ceremonialidad un tanto escéptica del catolicismo español en el que nació. En su exigencia de que el autor de *Hamlet* «signifique» moralmente, Santayana se parece extrañamente a los críticos marxistas de su generación. Como Sartre ante Flaubert o Lukács ante el «realismo crítico», Santayana colocó a Shakespeare ante ese cúmulo de expectativas veleidosas que ningún clásico, antiguo o moderno, puede satisfacer ante la exigencia de un crítico.

Sorprende Santayana cuando encuentra defectuoso lo pagano en Shakespeare, pues desde Gibbon no se conocía pintor más glorioso de la agonía pagana. Dice en *Interpretaciones de poesía y religión*: «El lecho de muerte del paganismo estuvo rodeado de doctores. Algunos, los estoicos, recomendaron una conversión al panteísmo (con una interpretación alegórica de la mitología con propósito de edificación). Otros, los neoplatónicos, prescribieron en cambio una filosofía sobrenatural, donde la eficacia de todos los ritos tradicionales estaría asegurada por su incorporación en un sistema de magia natural y donde los dioses encontrarían su lugar entre las legiones de los espíritus y los demonios...» [Santayana 1993, p. 91].

El ensayo sobre Lucrecio en *Tres poetas filósofos* (1910) es una de las piedras de toque de su filosofía y uno de los ensayos más hermo-

sos que se han escrito en todos los tiempos. En Lucrecio, Santayana encontró la horma de su zapato, como Wilson en Turgueniev o Lukács en Balzac... «Por vigorosas y palpitantes que sean», dice Santayana de *De Rerum Natura*, «sus descripciones de la primavera, de la ambición, de los florecientes cultivos, de la victoria intelectual, palidecen ante los vívidos toques con los cuales pinta la proximidad de la muerte...» [Santayana 1995, p. 41].

A Dante le reconoce Santayana el ser un caso único, el poeta que clasificó el mundo como si fuera un moralista sistemático. Y jugando con la autoridad de Musset, Santayana se pregunta por qué Dante condenó, en apariencia, a Paolo y a Francesca no al tormento sino la felicidad absoluta radicada en el eterno cumplimiento de lo que sus instintos les exigían. Santayana, un célibe, no ignoraba que Dante tenía razón y que no hay tortura más horrible de imaginar que alimentarse eternamente del ser amado. Sorprende, en cambio, que lo ignorase Alfred de Musset, que vivió precisamente ese holocausto con George Sand. Cada generación tiene sus ignorancias, decía Gore Vidal, pero que un romántico (y un románticoide) como Musset ignore esos resquemores o los encuentre paradisiacos, da qué pensar y eleva a Santayana por encima de los aprendices románticos.

El dictamen de Santayana sobre Goethe, finalmente, no va más allá de su enunciado: «Goethe fue el hombre más ilustrado de la humanidad; demasiado ilustrado acaso para ser un filósofo en el sentido técnico del vocablo o para someter ese mundo salvaje a la ortopedia de una terminología sutilmente cerebral.» [Santayana 1995, p. 103]

De la crítica de Santayana (reunida por Singer en *Essays of Literary Criticism*, 1950) destaca, también, el ensayo sobre Shelley, que no le era nada antipático. El conservador Santayana encontraba admirable la pureza del platonismo en el rebelde Shelley, un ángel que no sabe gran cosa del mundo ni de la vida. Festeja en Shelley su alegre, mirífica religiosidad sin cristianismo. El amor a lo bello lo autorizaba a ser vandálico.

No es habitual encontrar en quienes se batan por las teorías (y vaya que éstas gozaron en el pasado reciente de divulgadores y exégetas) una defensa de la belleza poética de la teoría en tanto que teoría como la de Santayana en *Tres poetas filósofos*: «Cierta especie de sensualismo o de esteticismo ha decretado en nuestros días que la teoría no es poética, como si todas las imágenes y emociones que sacuden una mente cultivada no estuvieran saturadas de poesía.» [Santayana 1995, p. 94]

Menos mal que Santayana está para demostrar que los filósofos no se destacan como críticos. Otro capítulo a escribirse sería el dedicado a las malandanzas de los críticos en el mundo de la filosofía, como émulo atarantado del padre de Hamlet.

III. APÉNDICE TOMADO DE MIS CUADERNOS DE NOTAS

Santayana es uno de mis pensadores favoritos y si sumo las veces que lo he leído y releído en la última década, es el que actualmente me impresiona más. También, como es el caso de Kierkegaard, quien también tiene su fiesta este año, a Santayana me cuesta comprenderlo y lo digo por aquello de que sólo lo difícil es interesante. Así, internarme en sus tratados mayores (*Los reinos del ser, Dominaciones y potestades, Escepticismo y fe animal*) me excita porque es frustrante y ofrece la ilusión de vivir en un mundo donde leer a Santayana no fuera la única cosa que hacer pero sí la principal. Sólo me consuela que el filósofo apreciaba muchísimo a sus lectores puramente literarios, a quienes, como yo, carecemos de toda educación filosófica no digamos formal sino, al menos, parvularia.

Me invitan, del extranjero, a que me sume con otro artículo, pues ya he escrito algunos, a las celebraciones del 150 aniversario del nacimiento de Santayana, invitación que me envanece como pocas. Hago todos los propósitos de ordenar mi mente para comprenderlo al fin y me topó con la certidumbre final de que sólo puedo releerlo y subrayarlo. No del todo infeliz por ese destino, repaso mis cuadernos y una vez más comparto lo que me dice Santayana

aunque yo no acabe de escribir nada ni del todo propio ni del todo inteligente.

Retrato del muy materialista Lucrecio en Tres poetas filósofos

El materialista es, ante todo, un observador, y probablemente lo es también en la ética. Esto quiere decir que no tendrá ninguna ética excepto la emoción que le produzca el proceso del mundo. Si es un *esprit fort*, si es realmente desinteresado, amará la vida, en el mismo sentido en que nos complace la perfecta vitalidad, o lo que tal nos parece, de las gaviotas o de las marsopas. Creo que aquí radica el sentimiento ético psicológicamente concordante con un vigoroso materialismo: simpatía por el movimiento de las cosas, interés en la ola ascendente, complacencia por la espuma que produce antes de hundirse de nuevo. [Santayana 1995, p. 32].

El retrato termina por ser una diferenciación capital entre el paisaje y la naturaleza, que de haberla atendido el *modernism*, algunos dolores de cabeza nos habríamos ahorrado:

Si tomamos la palabra «naturaleza» en ese sentido, podremos decir que antes de cualquier otro hombre, Lucrecio ha sido el poeta de la naturaleza. Como se trata de un antiguo, no es, naturalmente, un poeta del paisaje. Profundiza más: es un poeta de la fuente del paisaje, un poeta de la materia. [Santayana 1995, p. 49].

Wordsworth y Shelley

El asunto se ilumina si leemos lo dedicado en ese mismo libro a Wordsworth, para quien Santayana nos dice

el paisaje es una influencia. Lo que expresa más allá de los rasgos pictóricos de que es capaz el lenguaje es la inspiración moral que le aporta la escena. Esta inspiración no procede en absoluto de los procesos reales de la naturaleza que todo paisaje en algún aspecto y por un momento evoca. Tal habría sido el método de Lucrecio. Éste hubiera pasado ima-

ginativamente del paisaje a las fuentes del paisaje; hubiera descubierto la poesía de la materia, no la del espíritu. Wordsworth, por el contrario, trata de asuntos morales incidentales. No es un poeta de la génesis, de la evolución, de la fuerza natural en sus innumerables manifestaciones. Sólo un aspecto del proceso cósmico atrae su interés o afecta su alma: el fortalecimiento o purificación de las intenciones humanas mediante las influencias del paisaje. [Santayana 1995, p. 51].

En *Tres poetas filósofos*, también, aparece esta juguetona, como es evidente, definición del poeta Shelley:

...la naturaleza era para Shelley una tienda de juguetes. Su fantasía tomaba los materiales del paisaje hasta formar con ellos un mundo sutílisimo, una brillante morada etérea para espíritus irresponsables recién nacidos. Shelley era el músico del lenguaje. [Santayana 1995, p. 50].

Dante

Veo que, cuando hice la lectura de *Tres poetas filósofos* hace años, sabía yo menos de Dante que lo que sé hoy. No tenía yo mucha idea de que significa «el valor de una idea»:

El valor de una idea para un poeta o filósofo no radica en lo que contiene positivamente, sino en la actitud que le hace adoptar frente a la experiencia real. O acaso sería mejor decir que poseer un ideal no significa tanto tener la imagen de una fantasía, de una utopía más o menos verdadera, como adoptar una actitud moral consecuente frente a las cosas de este mundo, juzgar y coordinar nuestros intereses, establecer una jerarquía de bienes y de males, valorar los acontecimientos y las personas, no mediante el instinto o la impresión personal fortuita, sino de acuerdo con su verdadera naturaleza y tendencia. Así entendido, un ideal último no es una mera visión de soñador filosófico, sino una fuerza apasionada y poderosa del poeta y del orador. Es la voz de su amor o de su odio, de su esperanza o de su pena, idealizando, desafiando o condenando el mundo. Es en ese aspecto como le fue útil al

joven Dante su febril sensibilidad. Le dio a su visión moral un inaudito valor y claridad: le convirtió en el poeta clásico del cielo y del infierno [Santayana 1995, p. 76].

Un verdadero hallazgo fue comprender, para mí, el egotismo de Dante sin el cual se pierde —y ocurre a menudo— el sentido espacial de la *Divina Comedia*:

Además, Dante habla demasiado acerca de sí mismo. En cierto sentido, este egotismo es un mérito o cuanto menos, un motivo de interés para nosotros, los modernos, pues el egotismo es la actitud característica de la filosofía moderna y del sentimiento romántico. Al ser egotista, Dante se adelantó a su época. Su filosofía hubiera perdido una dimensión profunda y su poesía un elemento patético si no se hubiera colocado a sí mismo en el centro del escenario y si no hubiera descrito todas las cosas como experiencias propias o como revelaciones que se le hicieron con vistas a su salvación personal. [Santayana 1995, p. 98].

Shakespeare

En cuanto al bardo, mucho se ha discutido el punto de vista de Santayana, raro en su día y siempre inquietante, de que el isabelino

es notable entre los poetas más grandes por carecer de filosofía y religión. En su drama no hay una concepción fija de fuerza alguna, natural o moral, que domine y trascienda nuestras energías mortales. Que esa característica sea considerada un mérito o un defecto, su presencia es innegable. Aquellos que creen que es sabio o posible guardarse de buscar principios generales, y se satisfacen con la sucesiva apariencia empírica de las cosas, sin ninguna fe en su racional continuidad o completud, pueden muy bien ver en Shakespeare a su profeta natural. Porque también él quedó satisfecho con la descripción sucesiva de las diversas pasiones y acontecimientos. Su mundo, al igual que la tierra antes de Colón, se extiende en una planicie indefinida que él no intentó explorar. [Santayana 1993, p. 146].

Descubro, leyendo el bosquejo biográfico de sir Walter Scott que preparó Leslie Stephens, que este erudito victoriano ya consideraba muy preocupante la ausencia de religión en Shakespeare. Santayana seguramente lo leyó, al viejo Leslie, el papá de Virginia Woolf.

El Goethe redundantemente fáustico de Santayana

La biografía completa de César es el mismo César visto desde el aspecto de la eternidad. Ahora bien, la biografía completa de Fausto —Fausto visto desde el punto de vista de la eternidad— muestra su salvación. Dios y el propio Fausto, en su último momento de lucidez, ven que el haber vivido tal vida de tal manera requería la salvación, es decir, que Fausto iba a ser la clase de hombre que un hombre debería ser. [Santayana 1995, p. 139].

El deseo corrupto de ser primitivo

Del popularismo de Walt Whitman también tiene algo que decir en *Interpretación de poesía y religión*, mi preferido entre los libros de Santayana:

Whitman fracasó radicalmente en su más acariciada ambición: nunca pudo ser el poeta del pueblo. Porque las gentes, como las razas tempranas cuya poesía era ideal, creen en la perfección por naturaleza. No tienen la menor duda sobre la deseabilidad absoluta de la riqueza, del aprendizaje, como tampoco sobre el valor de la bondad pura y el amor puro. Sus poetas preferidos, si tienen alguno, serán siempre aquellos que han sabido pintar esos detalles vivamente, aunque sea con colores llamativos. Nada más lejos de la gente común que el deseo corrupto de ser primitivo. [Santayana 1993, pp. 159-160].

Zaratustra en el gobierno

Paso ahora a *Dominaciones y potestades* (1951), donde Santayana se muestra reticente ante el futuro del Superhombre, esta quimera que estuvo de moda:

El oracular Zaratustra, convertido en primer ministro, se sentará, calados sus buenos anteojos, detrás de su escritorio, llamará con el timbre a un secretario después de otro, y recibirá a algún financiero que insidiosamente le ofrecerá una fortuna. ¡Pobre superhombre! A menudo que la atmósfera se torne densa a su alrededor, ¿llegará a lamentar los días alegres e irresponsables en que, según la leyenda de los Borgia, le hubiese sido dado invitar públicamente a los superhombres rivales a un festín y envenenarlos en su mesa? [Santayana 1954, p. 199].

Fe animal

Más conocido es el registro de su primer encuentro con Bertie Russell en Harvard, del cual se desprenden las complejas relaciones que los unieron y los separaron:

Era un joven alto de veinte años, flexible aún a pesar de su enorme osamenta, con abundante pelo rubio oscuro, pequeños ojos de un azul acerado, claros, y tez rojiza. Sus movimientos eran pausados, elegantes, cautelosos, como los de un tigre bien alimentado y con un amplio margen de tiempo para elegir su presa. Se mostraba preciso en su indolencia; y aunque parecía pacífico, se le adivinaba una latente capacidad para saltar, una latente y asombrosa celeridad y fortaleza, que podían aniquilar de un zarpazo. Sin embargo, hablaba con sencillez y afabilidad, con gran resolución y extraña franqueza. Dijo que a veces pensaba en hacerse sacerdote. [Santayana 2002, pp. 323-324].

Modernidad y exotismo

Santayana logró explicarse la modernidad de todos los primitivismos, incluido el de la vanguardia del siglo XX a la cual no quiso prestar mucha atención aunque quizá comprendió su sentido:

El gusto moderno ha sido siempre, y todavía lo es, en gran parte exótico y en gran parte una revolución a favor de lo antiguo o extranjero. Cuanto más cultivado ha sido un período, más decididamente ha tornado a la antigüedad como fuente de inspiración. La existencia de es-

te mundo más acabado ha obsesionado a todas las mentes ansiosas de mejor autoexpresión e interferido tal vez con el desarrollo natural de su propio genio. [Santayana 1993, p. 144].

¿El siglo idiota?

Ya antes había señalado Santayana la verdadera paradoja decimonónica, uniendo en un párrafo a Scott y a Marx, aunque hable de Robert Browning, poco apreciado fuera de su lengua:

El siglo XIX alimentó la esperanza de abolir el pasado como fuerza, mientras lo estudiaba como objeto; y Browning, con su afición a los escenarios históricos y a la chismografía de la historia, se rebeló igualmente contra la disciplina pagana y cristiana. [Santayana 1993, p. 168].

Pound y el antisemitismo

Como tantos grandes del siglo y millones de miserables, Santayana se ensució con el antisemitismo aunque en su caso fuese residual, secundario. Releyendo el capítulo que le dedica John McCormick (*George Santayana. A Biography*, 1987) a las relaciones de Santayana con Ezra Pound y T.S. Eliot, no sólo registro la negativa del filósofo a hacer escuela con ese par de iguales suyos, pues él, decía, era monje por naturaleza y no buscaba ninguna Sión al fin del camino. También me llama la atención que, teniendo a Pound como a uno de esos muchachos honrados enloquecidos por la necesidad de cambiar el mundo, lo haya secundado en el antisemitismo. Guste o no guste (y no gusta a los poundnianos) el odio al judío es un componente central del sistema de Pound. *Los Cantos*, me temo, no funcionan sin el antisemitismo. En cambio, en Santayana, lo antisemita es el resultado de una frivolidad, de un señoritismo.

Eliot

En cuanto a Eliot creo que Santayana lo dijo todo con una sola frase: «The thought of T.S. Eliot is subterranean without being profound.» [McCormick 1987, p. 416].

Profeta de segunda mano

Santayana fue algo muy distinto a ser un crítico literario. Pero me consuela identificarnos gremialmente, a los críticos, con esa especie de profetas de segunda mano vislumbrados en este autoretrato:

Yo soy incrédulo por naturaleza y no un inocente servicial de la vida, sea la vida en el mundo o en mi propia cabeza; pero mi imaginación no está inactiva. Soy, por tanto, una especie de profeta de segunda mano que aprecia la imaginación de otros y la disfruta como propia; y por esta razón la tentación de confundirla con la revelación no fue nunca en mi caso invencible. [Santayana 2002, p. 449]

Incurro en la vulgaridad de parodiar la frase más periodística de George Santayana:

Quien no conoce a Santayana está condenado a releerlo.

Revista Letras Libres

Chilaque no. 9 Colonia San Diego Churubusco

Coyoacán 04120 México, DF

México

E-mail: michael.chrisd@gmail.com

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- MCCORMICK, J. (1987), *George Santayana. A Biography*, Knopf, Nueva York.
- SANTAYANA, G. (1954), *Dominaciones y potestades. Reflexiones acerca de la libertad, la sociedad y el gobierno*, traducción de Guido F.P. Parpagnoli, Sudamericana, Buenos Aires.
- (1993), *Interpretaciones de poesía y religión*, introducción de Manuel Garrido y traducción de Carmen García Trevijano y Susana Nuccetelli, Cátedra, Madrid.
- (1995), *Tres poetas filósofos. Lucrecio, Dante y Goethe*, traducción de José Ferrater Mora, Tecnos, Madrid.

— (2002), *Personas y lugares. Fragmentos de autobiografía*, edición de William G. Holzberger y Herman J. Saatkamp, Jr, introducción de Richard C. Lyon y traducción de Pedro García Marín, Trotta, Madrid.